

Comenzaron a batir el árbol. El árbol tembló. Luego dieron golpes más profundos en el tronco. El árbol vaciló. Luego llegaron a la mitad del tronco y el árbol empezó a inclinarse. Sarra dijo: «Ahora nos prenderán y nos matarán».

Un gran churna—un gavián gigante—voló entonces sobre el bosque, y vino a pasar cerca del árbol donde Sarra y Dan-Auta posaban. Sarra vio al churna. El árbol se inclinaba, se inclinaba. Sarra dijo al churna: «¡Churna mío! Las gentes del rey van a matarnos, a Dan-Auta y a mí, si tú no nos salvas». Oyó el churna a Sarra, y, acercándose, puso a Sarra y a Dan-Auta sobre su espalda. El árbol cayó y el pájaro voló con Sarra y Dan-Auta. Voló muy alto sobre el bosque, siguió volando hacia arriba. Dan-Auta miraba al pájaro: vio que movía la cola como un timón y se entretuvo observándola bien. Pero luego Dan-Auta se aburría, y dijo: «¡Sarra!». Sarra repuso: «¿Qué me quieres, Dan-Auta?» Y como Dan-Auta sollozase, añadió: «No llores, no llores, que madre y padre dijeron que no llorarás. Di lo que quieres». Dan-Auta dijo: «Quiero meter el dedo en el agujero que el pájaro lleva bajo la cola». Sarra dijo: «Si haces eso, el pájaro nos dejará caer y moriremos; pero no llores, no llores y haz lo que quieras». Dan-Auta introdujo su dedo donde había dicho. El pájaro entonces cerró las alas. Sarra y Dan-Auta cayeron, cayeron de lo alto.

Cuando Sarra y Dan-Auta estaban ya cerca de la tierra, comenzó a soplar un gran *gugua*, un torbellino. Sarra lo vio y le dijo: «¡Gugua mío! Vamos a caer enseguida contra la tierra, y moriremos si tú no nos salvas». El *gugua* llegó, arrebató a Sarra y Dan-Auta y, transportándolos a larga distancia, los puso suavemente en el suelo. Era aquel sitio un bosque de una comarca lejana.

Sarra avanzó por el bosque con Dan-Auta, y encontró un camino. Caminando el camino, llegaron a una gran ciudad, a una ciudad más grande que todas las ciudades. Un fuerte y alto muro la rodeaba. En el muro había una gran puerta de hierro, que era cerrada todas las noches. Porque todas las noches, apenas moría la claridad, aparecía un terrible monstruo, un *Dodo*. Este Dodo era alto como un asno; pero no era un asno. Este Dodo era largo como una serpiente gigante; pero no era una serpiente gigante. Este Dodo era fuerte como un elefante; pero no era un elefante. Este Dodo tenía unos ojos que iluminaban en la noche como el sol en el día. Este Dodo tenía una cola. Todas las noches el Dodo se arrastraba hasta la ciudad. Por esta razón se había construido el muro con la gran puerta de hierro.

Por ella entraron Sarra y Dan-Auta. Tras el muro, junto a la puerta vivía una vieja. Sarra le pidió que los amparase. La vieja dijo: «Yo os ampararé. Pero todas las noches viene un terrible Dodo ante la ciudad y canta con una voz muy fuerte. Si alguien le responde, el Dodo entrará en la ciudad y nos matará a todos. Cuida, pues, de que Dan-Auta no grite. Con esta condición yo os ampararé.»

Dan-Auta oía todo esto. Al día siguiente fué Sarra al interior de la ciudad para traer comida. Entretanto, Dan-Auta buscó ramas secas y pequeños trozos de madera, que encontró junto al muro. Luego corrió por la ciudad, y donde veía un *makodi*, piedra redonda con que se machacaba el grano sobre una losa, lo cogía. Así reunió cien *makodi*. Luego se dijo: «Sólo necesito unas tenazas». Y, andando por la ciudad, vio unas abandonadas. Junto al muro donde había amontonado la leña, colocó los *makodi* y ocultas bajo ellos las tenazas. Nadie advirtió la faena del pequeño Dan-Auta.

A la noche Sarra le dijo: «Entra en seguida en la casa, Dan-Auta, porque pronto vendrá el terrible Dodo, y puede matarnos». Dan-Auta repuso: «Yo quiero quedarme

hoy fuera». Sarra dijo: «Entra en casa». Dan-Auta comenzó a sollozar; pero Sarra le dijo inmediatamente, «Dan-Auta mío, no llores. Tu padre y tu madre dijeron que no llorases nunca. Si quieres quedarte fuera, quédate fuera». Sarra entró en la casa, donde ya estaba la vieja.

Dan-Auta permaneció fuera, sentado ante la casa de la vieja. Todas las gentes de la ciudad estaban en sus casas y habían cerrado tras de sí las puertas. Sólo Dan-Auta quedaba a la intemperie. Corrió al lugar donde había juntado la leña y la prendió fuego. Los *makodi* en el fuego se pusieron ardientes como ascuas.

En esto se sintió que llegaba el Dodo. Subió al muro Dan-Auta, y vio al monstruo que venía a lo lejos. Sus pupilas brillaban como el sol y como incendios. Dan-Auta oyó al Dodo que, con una voz terrible, cantaba:

«*¿Vuayanni agarinana ni Dodo?*»

«*¿Quién es en esta ciudad como yo, Dodo?*»

Cuando Dan-Auta oyó esto, cantó a su vez desde el muro con todas sus fuerzas hacia el Dodo:

«*¡Naiyakai agarinana naiyakai ni Auta!*»

«Yo soy como tú en esta ciudad; yo soy como tú; yo, Auta».

Cuando esto oyó el Dodo, se acercó a la ciudad. Llegó muy cerca, muy cerca, y cantó:

«*¿Vuayanni agarinana ni Dodo?*»

Al cantar esto el Dodo, los árboles se estremecieron en el bosque, y la hierba seca empezó a arder. Pero Dan-Auta contestó:

«*¡Naiyakai agarinana naiyakai ni Auta!*»

Al oír esto, el Dodo se alzó sobre el muro. Dan-Auta bajó corriendo y fué junto al fuego, donde relumbraban como ascuas los *makodi* ardientes.

El Dodo, entonces, cantó de nuevo con voz más terrible que nunca, y Dan-Auta una vez más le contestó. Todos los hombres en la ciudad temblaron dentro de sus casas al oír tan cerca la horrible voz del monstruo.

Más fiero que nunca, el Dodo comenzó a repetir su canto.

«*Vuayanni...*»

Pero al abrir sus fauces para este grito, Dan-Auta le lanzó con las tenazas diez *makodi* ardientes que le abrasaron la garganta. Enronquecido siguió el Dodo:

«*Agarinana...*»

Pero Dan-Auta le hizo tragar otros diez *makodi* incendiados, que le hicieron prorrumpir en un gran quejido. Entonces, con voz más débil, siguió:

«*Ni Dodo*»

Y Dan-Auta, aprovechando la abertura de las fauces, le envió el resto de los *makodi*. El Dodo se retorció y murió mientras Dan-Auta, subiendo al muro cantó:

«*¡Naiyakai agarinana naiyakai ni Auta!*»

Luego, con un cuchillo que había dejado fuera de la casa, cortó al Dodo la cola, y, ocultándola en un morralillo, entró con ella en la habitación de la vieja; se deslizó junto a Sarra y se durmió.